

parentes de los planetas, que los protegen al par que producen los movimientos meteóricos y despliegan las bellezas más encantadoras en su aurora y en sus crepúsculos? ¿Para quién las nubes que se levantan sobre su suelo y dejan caer la lluvia bienhechora sobre sus dilatadas campiñas? ¿A qué conducirían sus mares, sus ríos caudalosos y sus elevadas montañas? ¿Cómo explicar las materias orgánicas de allí desprendidas en los aerolitos, si en los astros no existieran seres organizados? Y si existen en ellos vegetales, como no cabe dudar, ¿para quién extenderían sus ramas los frondosos árboles, y desprenderían sus aromas las flores, y se colorearían los frutos, si no hubiese seres que los habitasen?

¡Oh hermosísimos mundos que brilláis sobre nuestras cabezas! ¿Sería posible que la fría esterilidad y la muerte reinasen siempre sobre vuestros desolados campos? ¿Sería posible que tanta magnificencia fuese concedida á regiones

solitarias y desnudas, en donde las solas rocas hubiesen de contemplarse eternamente en un tétrico silencio?

¡Ah, queridos lectores! Llevaos la mano á la frente y limpiad vuestro entendimiento de los prejuicios necios é infundados que tuviereis contra la pluralidad de mundos habitados. Llevadla luego á vuestro corazón y oiréis una voz que os dice: ¿por qué causa no habría de desplegarse la vida en la superficie de esos globos, que gozan como el nuestro de los beneficios de la naturaleza y que también reciben los rayos fecundantes de nuestro sol y de otros soles? No; la vida no puede faltar allí. La vida la vemos diseminada por todas partes; la vemos invadir lozana todos los lugares; la vemos propagarse exuberante en los sitios que parecen más incompatibles con ella; la vemos amontonarse sobre sí misma en existencias parásitas; la vemos multiplicarse con la diversidad más asombrosa; la vemos en la superficie de la tierra; la vemos en el fondo de los mares; la vemos en el es-

pacio. Sería, pues, una insensatez suponer que esta vida tan abundante y extendida en nuestro planeta fuese nula en los demás.

¡Oh vida! ¡cuán vasto es tu imperio!

¡Oh humanidades que habitáis esos lejanos mundos! Yo os confieso, yo os reconozco por hermanas ⁽¹⁾. Es para mí un dogma científico vuestra existencia. Hasta ahora hemos sido unos orgullosos. Todo lo creíamos creado exclusivamente para nosotros, miserables pigmeos. El Sol para nosotros; para nosotros los planetas, para nosotros las estrellas, para nosotros las nebulosas, para nosotros el Universo entero. Fuera de nosotros no creíamos vida, no creíamos inteligencia. La presunción nos cegaba. Perdonadnos, habitantes estelares. Y ahora decidnos: ¿cuál es vuestra naturaleza? ¿cuál vuestro lenguaje? ¿cuáles son vuestras ideas? La razón ¿está entre vosotros entronizada? ¿Reina soberanamente sobre los sentidos ó se su-

⁽¹⁾ No hijas de Adán, sino hijas de Dios, nuestro común padre.

blevan éstos contra ella? Vuestros reinos ¿gozan aún de su edad de oro? ¿Han conservado su inocencia vuestros primeros padres? ¿Os es fácil y natural la virtud? ¿Sois trasladados vivos ú os precisa también morir? ¿De qué especie es vuestra muerte? ¿Conocéis el dolor y la enfermedad? ¿Llegáis á divisar desde vuestras luminosas moradas á este granito de polvo en que nosotros nos movemos? Y si veis como perdido en la inmensidad del espacio á este puntito opaco que llamamos Tierra, ¿se os ocurre siquiera la idea de que pueda estar poblado de seres nobles, ó más bien lo juzgáis como un hospital que encierra á todos los locos del Universo?

Como resumen de lo dicho en este capítulo oigamos á Sir David Brewster, uno de los principales miembros de la Iglesia anglicana:

“Los espíritus estériles, dice, ó *almas viles*, como los llama el poeta, que puedan verse inclinados á creer que la Tierra es el solo cuerpo habitado del Universo,

no tendrán dificultad en concebir que pudiera igualmente haber sido privada de habitantes. Y más aún, si los tales espíritus están instruidos en las deducciones geológicas, deben admitir que estuvo sin habitantes durante innumerables años, y entonces llegamos á esta consecuencia insostenible ⁽¹⁾: que durante innumerables años no ha habido ninguna criatura inteligente en los vastos Estados del Rey universal, que antes de la formación de las capas protozoicas no hubo ninguna planta ni animal alguno en la infinidad del espacio. ¿Cómo? Durante este largo período de muerte universal, en el cual la naturaleza misma estaba adormecida, ¿estarían el Sol con sus hermosos compañeros, los planetas con sus fieles satélites, las estre-

(1) Mejor que *insostenible* diremos nosotros *casi insostenible*, porque no se nos oculta que á Dios le basta la gloria que le es esencial y que para nada necesita la gloria externa; pudiendo, por consiguiente, *de potencia absoluta*, crear ó no crear, crear de un modo ó crear de otro. Sin embargo, viendo que crea mundos habitables, nos parece *casi insostenible* que los tenga tantos años sin habitantes.

llas en sus sistemas binarios y el mismo sistema solar cumpliendo sus movimientos diversos, anuales y seculares, desapercibidos, desconocidos y sin llenar el menor designio concebible? ¿Antorchas sin alumbrar nada, focos sin calentar nada, aguas sin refrescar nada, nubes sin sombrear nada, brisas soplando sobre nada, y todo en la naturaleza, montes y valles, tierras y mares, todo existiendo y sin servir para nada! En nuestra opinión, semejante condición de la Tierra, del sistema solar y del Universo sideral fuera igual á la de nuestro globo, si todos los buques de comercio y de guerra atravesasen los mares con camarotes vacíos y bodegas sin cargamento, si todos los convoyes de los caminos de hierro estuviesen en plena actividad sin pasajeros y sin mercancías, si todas nuestras máquinas continuasen aspirando aire y rechinando sus dientes de hierro sin trabajo alguno que efectuar. Una casa sin moradores, una ciudad sin habitantes, representan á nuestra mente la mimas

idea que un planeta sin vida y que un universo sin población. Fuera igualmente difícil presumir por qué la casa se edificó, por qué se fundó la ciudad y por qué el planeta fué formado y creado el universo. La dificultad también sería grande si los planetas fuesen informes masas de materia en equilibrio en el éter, inanimadas y sin movimiento como la tumba; pero es mucho más grande aún cuando en ellas vemos esferas enriquecidas de la belleza inorgánica y en plena actividad física, esferas que cumplen sus movimientos propios con una precisión tan notable, que sus días y sus años no discrepan jamás en centenares de siglos. La idea de concebir cualquier globo de materia, sea un mundo gigantesco dormido en el espacio, ó un rico planeta equipado como el nuestro, la idea, decimos, de concebir un mundo cumpliendo perfectamente la tarea que le ha sido señalada, sin habitación en su superficie ó sin estar en un estado de preparación para recibirla, nos parece una de esas ideas que

sólo pueden ser admitidas por espíritus mal instruidos y mal ordenados, por espíritus sin fe y sin esperanza. Pero concebir además todo un universo de mundos en semejante estado es, á nuestro parecer, el indicio de un espíritu muerto al sentimiento y bajo la influencia de esa soberbia intelectual de que habla un poeta. Preguntados por qué los cuerpos celestes brillan, por qué la Tierra ha sido formada, hemos respondido muchas veces con orgullo: Todo esto es para mí; el mar se balancea para transportarme, el Sol sale para alumbrarme, la Tierra es mi escabel y el cielo mi pabellón.

“Mas hemos errado al pensar que el Universo estaba muerto. Al principio aun no había nacido esta bella crisálida terrestre de donde la mariposa de la vida debía salir: al mandato divino, las formas protozoicas aparecieron; más tarde la primera planta, el molusco elemental, el pez, más elevado, y el cuadrúpedo, más noble aún, aparecieron también sucesivamente; en fin, el hombre, imagen del Criador y obra de su

mano, fué investido de la soberanía del globo. *La Tierra, pues, fué creada para el hombre, la materia para la vida, y do quiera que veamos otra Tierra, estamos obligados á convenir que fué, como la nuestra, creada para la raza intelectual é inmortal.* (1).

En vista, pues, de todo esto, no nos queda otro remedio que ó cerrar los ojos á los raudales de luz que sobre la habitación de los astros derrama la ciencia ó proclamar en alta voz la verdad de nuestra tesis.

(1) *More Worlds, etc.*, ó sea, *Hay más de un mundo*: esta es la creencia del filósofo y la esperanza del cristiano, cap. XII.

CAPÍTULO XIII

LA RAZÓN

Así los argumentos basados en la Sagrada Escritura como los basados en la ciencia pueden reducirse á otros tantos argumentos de razón. Sin embargo, en este capítulo vamos á probar la habitación de los astros por medio de los resplandores directos que sobre nuestra tesis derrama esa antorcha que Dios ha colocado en nuestra inteligencia.

¿Qué nos dice la razón? Que los astros están habitados. Veámoslo.

Todos estamos convencidos de que la vida en este mundo es muy miserable y dolorosa. Esto lo repetimos á cada paso y en todos los tonos; y esto confirman con el ejemplo tantos desgraciados que, cansados de vivir, faltando á las leyes divinas y humanas, cometen el pecado de suicidio. Estamos obligados á mendi-